

85
MARZO
2014

EL FANTASMA DEL POPULISMO RECORRE EUROPA

Cesáreo Rodríguez-Aguilera, Catedrático de Ciencia Política, Universidad de Barcelona

El populismo no es tanto una doctrina (aunque sí descanse en algunas premisas ideológicas), cuanto un estilo político. Si bien "populismo" es uno de los términos más polivalentes e imprecisos en ciencia política y coloquialmente suele incluir una carga negativa que complica su caracterización, es un fenómeno bien real y definible con relativa precisión sobre el que hay disponible una abundante y a menudo refinada literatura académica. La actual generalización del fenómeno en toda Europa, liderado desde luego por la derecha radical, pero con creciente incidencia en la derecha moderada y hasta en parte del centroizquierda. Sin olvidar que también existe un populismo específico de una parte de la izquierda radical, siendo -en suma- un estilo político muy transversal.

Causas del populismo

El actual auge del populismo tiene mucho que ver con la pavorosa crisis económica surgida en Estados Unidos en 2007 y recibida en la UE en 2008, así como con las inflexibles recetas neoliberales de la "troika" (Banco Central Europeo, Fondo Monetario Internacional, Comisión Europea). De un lado, dichas políticas están teniendo du-

rísimas consecuencias sociales en el sur y el este de Europa, con severo agravamiento de las desigualdades y de la pobreza, y de otro, un inquietante vaciamiento de la propia democracia. Por ello, la rígida ortodoxia centrada en el control del déficit y la austeridad a ultranza han agravado como nunca antes el foso entre las élites privilegiadas y la mayoría de la población. Muy pocos son los ganadores y muchos los perdedores en el actual marco comunitario y esto es un caladero en donde pescan (cada vez con más éxito) los populistas. Por

tanto, el crecimiento del populismo obedece a una fuerte frustración social y a una creciente deslegitimación de la democracia representativa: si las desigualdades son crecientes y el Banco Central Europeo (una institución absolutamente opaca que no rinde cuentas ante nadie) es el verdadero soberano europeo, está abonado el terreno para el éxito de la protesta. Naturalmente, para los neoliberales, cualquier crítica a sus políticas -sea del signo ideológico que sea- es descalificada como "populista" por definición, con lo que se banaliza interesadamente el concepto.

Resulta particularmente grave el retroceso de la democracia, tanto nacional como europea, por la hegemonía

Las carencias del sistema político pluralista ofrecen un terreno abonado para denunciar la degeneración de la democracia. De ahí la facilidad con la que pueden prender promesas salvíficas de ir "más allá" de parlamentos y partidos convencionales supuestamente "no representativos", confiando en líderes carismáticos y en mecanismos decisivos plebiscitarios.

Los partidos ultras crecen en Europa porque explotan los sentimientos de inseguridad de amplios sectores populares y centran tal percepción en chivos expiatorios fáciles como la inmigración extracomunitaria.

Lo más significativo es que los partidos ultraderechistas están consiguiendo atraer hacia algunas de sus posiciones a partidos de la derecha moderada

La integración europea sufre actualmente un triple *impasse*, económico, político y cultural. Mientras no se aborden paralelamente todas las dimensiones del problema, el bloqueo y la frustración están asegurados.

Sin la plena democratización de unas instituciones comunitarias incomprensibles, distantes y opacas, y sin procurar forjar una mínima conciencia colectiva europea entre los ciudadanos, el panorama irá a peor.

El repliegue ultranacionalista implica un rechazo (cada vez más frontal) de la UE, entidad reputada "artificial" y asfixiante de las naciones europeas pero los ultras no explican nunca el altísimo coste que tendría la no-Europa.

de élites tecnocráticas irresponsables que hacen y deshacen a su antojo: forzar cambios de Gobierno en Grecia (de Yorgos Papandreu a Lukás Papadimos) e Italia (de Silvio Berlusconi a Mario Monti) o impedir referéndums sobre las políticas económicas que exige la “troika” (Grecia), todo ello es un síntoma claro de devaluación de los mecanismos democráticos.

Es cierto que los populistas simplifican con sus recetas expeditivas, inviábiles e incluso injustas, pero detectan confusamente algunos problemas reales y reflejan las carencias de la UE. Efectivamente, la integración europea sufre actualmente un triple *impasse*, económico, político y cultural. Y mientras no se aborden paralelamente todas las dimensiones del problema, el bloqueo y la frustración están asegurados. Es decir, sin recuperar una estricta regulación económica de los mercados y una redistribución social equitativa; sin la plena democratización de unas instituciones comunitarias incomprendibles, distantes y opacas, y sin procurar forjar una mínima conciencia colectiva europea entre los ciudadanos, el panorama irá a peor.

La degradación de la democracia

La significativa declaración que hizo Angela Merkel en la radio pública alemana, *Deutschlandfunk*, sobre “la democracia con-

El crecimiento del populismo obedece a una fuerte frustración social y a una creciente deslegitimación de la democracia representativa.

forme al mercado” supone el vaciamiento y la formalización de aquella al no dejar espacio para políticas económicas alternativas. Se dan alternancias de equipos de Gobierno, pero todos ellos deben ajustarse a márgenes estrechos y unidireccionales, de acuerdo con los intereses de reducidos círculos económicos. Por tanto, es imposible restablecer estrictas reglamentaciones financieras, gravar a fondo las grandes fortunas, hacer aflorar la economía sumergida y hasta cortar de raíz la evasión fiscal, por no dejar de mencionar a los países que padecen una grave corrupción irresuelta. Todo esto refleja que la política democrática es impotente frente a los *mercados* (eufemismo de oligarquía financiera) y que el régimen representativo padece de un severo déficit de legitimidad.

El malestar democrático ha generado un profundo hartazgo social frente al *establishment* y los partidos tradicionales: la “clase política” convencional es percibida como una “casta” privilegiada, aparte y corrupta. En otras palabras, los políticos tradicionales –que presentan serios síntomas de agotamiento– han dejado un espacio grande a la protesta que capitalizan los populistas, que parecen algo “nuevo” frente a aquellos. Por tanto, las carencias del sistema político pluralista ofrecen un terreno abonado para denunciar la *degeneración* de la democracia. De ahí la facilidad con la que pueden prender promesas salvíficas –por irreales (y hasta peligrosas) que sean– de ir “más allá” de parlamentos y partidos convencionales supuestamente “no representativos”, confiando en líderes carismáticos y en mecanismos decisionales plebiscitarios.

Los argumentos de la derecha radical

Los partidos *ultras* crecen en Europa porque explotan los sentimientos de inseguridad de amplios sectores populares y centran tal percepción en chivos expiatorios fáciles como la inmigración extracomunitaria. En efecto, la xenofobia (y la islamofobia, en particular) es tal vez el factor que más dividendos electorales da a este tipo de partidos que hacen notoria demagogia sobre el supuesto “aprovechamiento” por parte de los extracomunitarios de las prestaciones sociales públicas, el aumento de la delincuencia o incluso la reaparición de enfermedades antes erradicadas. Como lógico corolario del rechazo de los “otros”, surge una exaltación fanática de los “nuestros”. Con ello, los populistas de la derecha radical ofrecen a los “suyos” *identidades* excluyentes (no es casual la recuperación de mitos como las “raíces cristianas” del mundo occidental), una exaltación chauvinista con tintes étnicos de las propias naciones, y denuncien a los “eurócratas” como la otra cara de una suerte de conspiración mundialista contra las patrias.

Este repliegue ultranacionalista implica un rechazo (cada vez más frontal) de la UE, entidad reputada “artificial” y asfixiante de las naciones europeas. La derecha radical cree ver ya en puertas un súper-Estado europeo, desnacionalizador y elitista. De un lado, la creciente *eurofobia* de los *ultras* parece encarnar la aparición de un nuevo *cleavage* (pro / anti-UE), y de otro, el odio a la UE carece de alternativa realista ya que, en un mundo globalizado, volver a la fragmentación de Europa en pequeños Estados sería desastrosa. En otras palabras, los *ultras* no explican nunca el altísimo coste que tendría la no-Europa.

La ultraderecha y su incidencia en la derecha convencional

El Frente Nacional francés parece estar convirtiéndose en una especie de partido-guía de las derechas radicales y, además, en claro ascenso electoral: un partido de origen neofascista (y hoy superficialmente reciclado por Marine Le Pen) ha establecido acuerdos con otras derechas populistas de trayectoria diferente (el neerlandés Partido de la Libertad, PVV, de Geert Wilders), un síntoma de la convergencia de todas las derechas reaccionarias al margen de sus procedencias históricas. Se da, en ambos casos, una plena coincidencia en los grandes temas: rechazo de los inmigrantes, repliegue ultranacionalista de corte étnico identitario excluyente, anti-UE y contra la “partitocracia” del *establishment*.

Algunos partidos de clara significación neofascista resultan muy inquietantes, entre otras razones por sintonizar abiertamente con movimientos históricos del fascismo clásico: son los casos del Movimiento para una Hungría Mejor (JMM) y el griego Amanecer Dorado. Los neofascistas húngaros –quizás el movimiento *ultra* más militante de Europa– con unas estructuras muy jerárquicas y autoritarias, son el tercer parti-

do del país y defienden un programa abiertamente xenófobo, anti-UE y de populismo antiinstitucional. Aún más agresivos son los neonazis griegos (una paradoja en un país que sufrió una brutal ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial) que coinciden en las mismas obsesiones xenófobas, etnicistas y antidemocráticas.

Por su parte, derechas populistas de trayectoria diferente a la de la subfamilia neofascista, como el Partido de la Independencia de Reino Unido o la Liga Norte italiana, están coincidiendo en estos objetivos. Los populistas británicos, tradicionalmente monotemáticos (sacar al Reino Unido de la UE), han incrementado su hostilidad contra los inmigrantes. A su vez, la Liga Norte -que nació como partido de protesta fiscal, anti-centralista y anti-partitocrático- no deja de enfatizar cada vez más en su política la xenofobia (e islamofobia) contra los inmigrantes extracomunitarios y el euroescepticismo.

Lo más significativo es que los partidos ultraderechistas están consiguiendo atraer hacia algunas de sus posiciones a partidos de la derecha *moderada* (y hasta del centroizquierda en algún caso) que, desde varios gobiernos, han aplicado (o anunciado) recetas gratas a aquellos en materia de expulsión de gitanos (Francia) o han propuesto la delación de inmigrantes irregulares (Reino Unido) o la expulsión “en caliente” de los mismos (España); en otros casos, se ha procedido al acoso policial a los “sin papeles” (Grecia) o se ha sugerido el eventual encarcelamiento de los “sin techo” (Hungría). Por una parte, la derecha *moderada* cree que con tales recetas frenará el ascenso de los *ultras*, pero está ocurriendo el fenómeno inverso: los radicales de derecha son más creíbles en esas políticas que sus sedicentes y recién llegados imitadores *moderados*. Por otra, produce el efecto objetivo de “normalizar” el discurso (y las prácticas) de la intolerancia y la represión.

Dirigentes de la CSU alemana (Unión Cristiano Social) han hecho declaraciones que rozan la xenofobia contra los inmigrantes extracomunitarios y otras muy ofensivas para los europeos del Sur. Una buena parte de los postgaullistas de la francesa Unión para un Movimiento Popular (UMP) han expresado crecientes recelos frente al derecho de asilo o la acogida de inmigrantes. Los *tories* británicos son cada vez más euroescépticos y restrictivos en políticas migratorias. Silvio Berlusconi ha descubierto los dividendos electorales que puede cosechar un cierto euroescepticismo con sus críticas a la moneda común. El FIDESZ (Unión de Jóvenes Demócratas) de Viktor Orbán ha asumido fórmulas de Gobierno propias de la ultraderecha, con inquietantes restricciones de derechos y libertades y recorte de la independencia judicial. El Partido Popular español está recortando asimismo derechos y libertades, manipulando las instituciones del Estado y endureciendo la política migratoria y, por último, el polaco PiS (Ley y Justicia) roza ya la eurofobia.

¿Populismo de izquierdas?

El centroizquierda y la izquierda radical tampoco son inmunes al fenómeno populista, aunque éste se refleja más en el estilo electoral que en propuestas que puedan sintonizar con los temas antes señalados, algo infrecuente en este espectro ideológico. Es cierto que, por ejemplo, el populismo de Tony Blair depuró al laborismo de cualquier connotación como partido de la clase trabajadora, se presentó como claramente *business friendly* y actuó de modo delegativo y con técnicas de *marketing*. Esta reorientación, la “tercera vía”, supuso pasar de la socialdemocracia a un vago socioliberalismo; ejemplo que fue seguido por otros partidos de esta familia ideológica (Gerard Schröder en el Partido Socialdemócrata Alemán SPD, José Luis Rodríguez Zapatero en el PSOE) con crecientes efectos desmovilizadores y decepcionantes para el electorado progresista. Algunas muestras ocasionales de intolerancia xenófoba se han llegado a dar en este campo (Manuel Valls en el Partido Socialista Francés, Thilo Sarrazin en el SPD), pero han sido excepcionales.

Algunos analistas han querido generalizar el fenómeno populista a toda la izquierda radical por sus duras críticas a la UE que meten a todos en el mismo saco. Sin embargo, no tiene sentido etiquetar como “euroescépticos” a partidos como *Die Linke* (La Izquierda) en Alemania, la Coalición de Izquier-

Es cierto que los populistas simplifican con sus recetas expeditivas, inviables e incluso injustas, pero detectan confusamente algunos problemas reales y reflejan las carencias de la UE.

da Radical griega (SYRIZA), el *Bloco de Esquerda* portugués o Izquierda Unida en España, que preconizan “más” Europa (además de “otra” Europa) y amalgamarlos a otros que rechazan la integración (aunque estén vinculados al mismo eurogrupo parlamentario). El populismo euroescéptico de la izquierda radical es patrimonio de los restos del comunismo ortodoxo tradicional (Partido Comunista Griego, Partido Comunista Portugués, Partido Comunista de Bohemia y Moravia) y de algunos partidos postcomunistas escandinavos (de la izquierda verde nórdica). Estos partidos, en todo caso, esgrimen un populismo que no tiene en absoluto dimensiones étnicas excluyentes y se concentra en la denuncia del *establishment* por sus injustas políticas económicas y sociales y por secuestrar la *verdadera* voluntad del pueblo. Los populistas de la izquierda radical se han aferrado a la teoría de la soberanía nacional (entendida en sentido cívico y democrático, no étnico) contra la “troika” ya que interpretan que el actual curso de la integración europea conduce a una federalización que sólo beneficiará a las grandes corporaciones oligárquicas.

En suma, el populismo es una reacción a un estado de cosas objetivamente desequilibrado en varios ámbitos por la indiscutible hegemonía del neoliberalismo, la reducción de las democracias a entramados electorales formales y la grave brecha entre una reducida minoría privilegiada (esencialmente compuesta por altos financieros especuladores) y amplios

sectores populares marginados y crecientemente empobrecidos. Que las recetas populistas –canalizadas sobre todo por la ultraderecha- tengan una inequívoca significación reaccionaria no empece que sean hoy un reflejo de una situación de clara involución del proyecto europeo soñado por los padres fundadores.